
Génesis

Óscar Pujol

Javier se fue a Asia y volvió con una caja llena de colores. Javier abrió su caja y desparramó los colores en una de esas ventanas luminosas que cuelgan de la red y que cambian de paisaje cuando un ratón les guiña un ojo ciego. Mercè se asomó a la ventana y vio los colores nadando en el cristal líquido como los peces que nacen donde empieza el arco iris. Mercè dijo “Realmente hermoso!, ¿por qué no ceñimos los colores en un marco y los ponemos en un sala para que iluminen la monotonía gris de cada día?”. A Javier le encantó la idea. Acarició su caja de colores, como quien roza con la mano una lámpara de Aladino, y de ella salieron las imágenes, no ya líquidas como el cristal de la pantalla, sino sólidas y crujientes como fotografías tersas y al mismo tiempo húmedas de tinta. Luego esas fotografías se pusieron a volar por todo el país llevando a Javier entre sus alas y pintando sonrisas en las caras monocromas de la gente.

Quizá esté relatado en tono de fábula, pero éste es el origen real de la exposición que da pie al catálogo que hoy presentamos. A menudo la fábula ahonda más en la verdad interna de las cosas que la relación escueta de los hechos. La caja de colores de Javier Castañeda es obviamente su cámara. La ventana luminosa, el portal donde Javier colgó por primera vez sus fotos y Mercè Escrich, directora de Kalavana, la que sugirió por primera vez la idea de la exposición. Por su parte, Menene Gras, Directora de Cultura y Exposiciones de Casa Asia, aportó su vasta experiencia para concebir el formato y Covadonga Arbó, Directora de Ámbito Cultural de El Corte Inglés en Barcelona, fue el pájaro que remontó el vuelo, organizando la primera de una serie de exposiciones que habrían de viajar por distintas ciudades de España.

Las fotos de Javier toman retazos de la cotidianeidad asiática en ángulos sorprendentes, formando composiciones cromáticas que recuerdan más la pintura que la fotografía. Por ejemplo, la instantánea de un mercado camboyano, donde aparecen una serie de bolsas de plástico escalonadas que contienen salsa de soja y aceite, produce un contraste entre el negro intenso y el dorado traslúcido que divide claramente el cuadro en dos áreas distintas. Lo mismo sucede con la fotografía de una serie de pinceles chinos en una estantería. Se forman tres bandas de colores: la del azul sobre blanco de las tazas que contienen los pinceles, el marrón de las cañas ribeteadas de negro y el blanco de las hebras del pincel. A veces esta disposición de los colores por áreas asume la forma de un bodegón, como en el caso de la imagen de unas cestas de ajos que hacen destacar con su blancura la parte inferior del cuadro.

En otras ocasiones las coloraciones se producen por la misma singularidad de los objetos retratados: las bolsas de colores para la fiesta de la primavera, los cajones de tintes o las máscaras de mimbre pintarrajeado, que recuerdan a una especie de *smileys* primitivos, nos asaltan cromáticamente no tanto por el ángulo en que está tomada la foto, sino por la misma

intensidad tonal de los objetos. Esto nos recuerda el particular *affaire* amoroso que ciertas culturas no-occidentales tienen con el color. Una de las primeras cosas que sorprende al viajero recién estrenado en Asia es la intensidad de los colores: la viveza de los saris de las mujeres en la India, la cacofonía pictórica de un camión o un rickshaw en Paquistán, los árboles budistas cargados de cintas polícromas, las imágenes de los dioses en los templos de Tailandia y en general el colorido incansable de los bazares asiáticos. Parece como si los europeos sintiésemos miedo del exceso de color y cuidadosamente evitásemos los tonos chillones. Preferimos sistemáticamente los acabados mates a los brillantes en nombre del buen gusto y el refinamiento cultural. En esto África y Asia, e incluso América, parecen tener una visión distinta. Lo curioso es que cuando el occidental viaja a Asia se siente atraído por esa viveza, como si de repente saliese el Sol tras muchos días encapotados.

En la India esta historia de amor con los colores toma cuerpo en el Holi, la fiesta de la primavera que inspira en parte esta exposición. En el Holi se libra una batalla campal y las gentes combaten arrojándose puñados de polvos coloreados o rociándose mutuamente con pulverizadores. El Holi es una pulsión en el batir cíclico del tiempo, cuando la rueda de las estaciones da un giro crucial que señala el paso del frío a la época cálida, de la oscuridad a la luz. En los días que preceden y siguen al Holi se produce un período de gracia entre los rigores del invierno y el calor sofocante del verano. Se ha acabado de recoger la cosecha de invierno, hay comida en abundancia, el aire templado invita al juego y a la renovación. El día antes de Holi se enciende grandes hogueras en donde la gente arroja todo lo malo del año anterior, para poder renacer al día siguiente tras echar el lastre negro del cansancio. El Holi es, ciertamente, una ceremonia de renovación cíclica, de cambio de piel, en el que la vida desgastada se detiene por un momento en el clímax de su agotamiento, de su falta de color, para renacer de nuevo entre un torbellino de colores. No es casualidad que para jugar al Holi la gente se ponga sus ropas viejas y más descoloridas. Después de la refriega multicolor, la gente estrenará vestidos nuevos: los hombres en un blanco cegador, la esencia de todos los colores, y las mujeres con saris de relucientes tonalidades.

Recuperar el color es volver a la vida. En una plegaria de las upanishads se pide a los dioses que nos ayuden a pasar de la palidez a la plenitud del color. En hindi la palabra *rangín*, que literalmente significa “coloreado” quiere decir “interesante” o “animado” cuando se aplica a una persona. La palabra *rang* que significa “color” quiere decir “belleza”, “diversión”, “jolgorio” y también “escenario” el lugar donde se manifiesta toda la gama de colores del sentimiento dramático. “Poner color sobre alguien” quiere decir “impresionarle” y el Palacete del Color (Rang Mahal) era el lugar reservado, en las antiguas mansiones señoriales, para divertirse y hacer el amor.

Dar color es sacar a las cosas de su fatiga existencial para insuflar en ellas un nuevo entusiasmo. Esto es precisamente lo que ha hecho Javier con el regalo de sus imágenes. Javier nos ha puesto color. *Colores de Asia* deshace la capa de polvo que almacenamos en nuestra lucha por la supervivencia. Ese polvo espeso de las frustraciones cotidianas, de los rencores incrustados, de las luchas inacabadas, del aburrimiento mortecino. Contemplar *Colores de Asia* es, al igual que Holi, una ceremonia de renovación. Bienvenidos a la vida.

Óscar Pujol es director del Instituto Cervantes en Nueva Delhi - India